
CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO.

I

ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

Desde hace cerca de un siglo, trabajos importantes emprendidos en diversos países cristianos por hombres que ocupan puestos elevados en las Iglesias y Universidades, han servido para reconstituir la evolución de la tradición evangélica en sus fases sucesivas.

En los centros de religión protestante es donde principalmente se han llevado á cabo tales trabajos, notables por su erudición y carácter minucioso, y que han arrojado viva luz en los orígenes del cristianismo, en el fondo, la forma, y el alcance social de las doctrinas del Evangelio. ¹

Expondremos brevemente aquí cuáles son los resultados de dichos trabajos, procurando que sea en forma más sencilla que la de los exégetas protestantes.

Cristo nada escribió. Sus palabras derramadas en medio de los caminos, se han transmitido de boca en boca y sido transcritas en épocas diversas, mucho después de su muerte. Poco á poco se ha formado una tradición religiosa popular, tradición que ha sufrido evolución incesante hasta el siglo IV.

Durante ese periodo de trescientos años, la tradición cristiana

¹ Estos trabajos han sido recopilados por la *Enciclopedia de Ciencias religiosas* de F. Lichtenberger, Dean de la facultad de teología protestante de París, y que pueden consultar con provecho los que se consagren á los estudios de exégesis y crítica sagrada. Además se les recomienda *La Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, por Eduardo Reuss, profesor de teología de Strasburgo. (París, Treuttel Würtz, 1852.)

no ha permanecido estacionaria, ni tal como antes era. Al dejar su punto de partida, á través de los tiempos y de las comarcas, se ha enriquecido y diversificado. Un poderoso trabajo de imaginación se ha realizado, y, siguiendo las formas que han revestido los diversos relatos evangélicos, siguiendo su origen hebraico ó griego, se ha podido establecer de modo seguro el orden en que esta tradición se ha desarrollado, y fijar la fecha y el valor de los documentos que la representan.

Durante medio siglo después de la muerte de Jesús, la tradición cristiana, oral y viva, fué como un manantial en el que cada uno pudo beber. Se propagó por la predicación, por la enseñanza de los apóstoles, hombres sencillos, incultos,¹ pero iluminados por el pensamiento de su Maestro.

Hasta los años de 60 ú 80 fué cuando aparecieron las primeras relaciones escritas, siendo la de Marcos la más antigua; después los primeros relatos atribuidos á Mateo y á Lucas, ambos escritos fragmentarios y que se aumentaron con las adiciones sucesivas, como todas las obras populares.²

Hacia fines del siglo I, por los años de 80 á 98, apareció el evangelio de Lucas, así como el primitivo de Mateo, perdido actualmente; en fin, en el transcurso de los años de 98 á 110 apareció en Efeso el evangelio de Juan.

Además de estos evangelios, los únicos reconocidos por la Iglesia, fueron publicados otros muchos. Actualmente se conoce una veintena de ellos; pero Orígenes, en el siglo III, cita número más elevado. Lucas alude á esto en el primer versículo del evangelio que lleva su nombre.

¿Por qué razón esos documentos han sido rechazados como apócrifos? Probablemente porque eran poco acomodaticios para quienes, en los siglos II y III, imprimieron al cristianismo

¹ Excepto Pablo, versado en letras.

² A. Sabatier, director de la sección de estudios superiores en la Sorbona, *Los Evangelios Canónicos*, p. 5. «La Iglesia ha tenido dificultad para encontrar los verdaderos autores de los Evangelios. De allí su fórmula adoptada: Evangelio según»

una dirección que debía alejarlo más y más de sus formas primitivas, y que después de haber rechazado mil sistemas religiosos calificados heréticos, debía llegar á la creación de las grandes religiones, en las cuales la idea del Cristo permanecía oculta como en una tumba, entre los dogmas y las prácticas.¹

Los primeros apóstoles se redujeron á enseñar la paternidad de Dios y la fraternidad humana. Demostraban la necesidad de la penitencia, es decir, de la reparación de nuestras faltas. Esta purificación era simbolizada por el bautismo, práctica adoptada por los Esenios, iniciadores de Jesús, de los cuales tomaron los apóstoles la creencia en la inmortalidad y en la resurrección, es decir, la vuelta del alma á la vida espiritual, á la vida del espacio.

De ahí una moral y una enseñanza que atrajeron numerosos prosélitos á los discípulos del Cristo, puesto que ellas no contenían nada que no pudiera mezclarse á ciertas doctrinas judías predicadas en las sinagogas y en el templo.

Con Pablo, y después de él, tomó otras fases la nueva creencia, y del seno de las comunidades cristianas surgieron doctrinas confusas. Se inculcó sucesivamente en los espíritus las ideas de la predestinación y la gracia, la divinidad de Cristo, la caída y la redención, la creencia en Satán y en el infierno, alterando con esto la sencillez y la pureza de las enseñanzas del hijo de María.

Este estado de cosas prosiguió agravándose, al mismo tiempo que las convulsiones políticas y sociales agitaron la infancia del mundo cristiano.

La narración de los primeros Evangelios nos transportan á la época de turbación en que la Judea, sublevada contra los romanos, ve la ruina de Jerusalem y la dispersión del pueblo judío. (Año 70)

Esas narraciones fueron escritas en medio de lágrimas y sangre, y las esperanzas que ellas expresan parecen salir de

¹ Véanse al fin de este volumen las notas complementarias núms. 2, 3 y 4.

un abismo de dolores; promesa para las almas entristecidas, cuando se despierta el nuevo ideal, la aspiración hacia un mundo mejor, llamado *reino de los cielos*, donde serán reparadas todas las injusticias presentes.

En la época de que tratamos los apóstoles, con excepción de Juan y Felipe, habían muerto; el vínculo que ligaba á los cristianos era aún muy débil. Formaban éstos grupos aislados los unos de los otros, que llamaban iglesias (*ecclesia*, asamblea), dirigida cada una por un obispo ó inspector nombrado por elección.

Cada iglesia seguía sus propias inspiraciones; no tenía para dirigirse más que una traducción incierta consignada en algunos manuscritos, que resumían más ó menos fielmente los hechos y las palabras de Jesús, y que cada obispo interpretaba á su arbitrio.

Añadamos á estas dificultades tan grandes, las que provenían de la fragilidad de los pergaminos, en una época en que la imprenta era desconocida, de la ineptitud de ciertos copistas, y de los defectos que pueden originarse de la falta de dirección y de orden, y comprenderemos fácilmente que la unidad de doctrina y de creencia no haya podido mantenerse en tiempos tan agitados.

Los tres Evangelios sinópticos ¹ están muy impregnados del pensamiento judaico-cristiano de los apóstoles, pero en el Evangelio de San Juan se nota ya otra influencia. Aparece en él un reflejo de la filosofía griega, rejuvenecida por las doctrinas de la escuela de Alejandría.

Hacia fines del primer siglo, los discípulos de los grandes filósofos griegos habían abierto escuelas en todas las ciudades importantes del Oriente. Los cristianos se encontraban en contacto con ellos y se suscitaban frecuentes discusiones entre los partidarios de las dos doctrinas. Los cristianos reclutados en los rangos inferiores de la población, poco letrados la mayor

¹ Se designan así los de Marcos, Lucas y Mateo.

parte, estaban mal preparados para los hechos del pensamiento. Por otra parte, los teóricos griegos sintieron impresionados por la grandeza y la elevación moral del cristianismo. Por esto se nota en ciertos puntos alguna similitud de apreciación y doctrina. El cristianismo naciente sufría poco á poco la influencia griega, que lo inducía á hacer del Cristo, el Verbo, el *Logos* de Platón.

II

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En los tiempos remotos, mucho antes de la venida de Jesús, la palabra de los profetas, como un rayo velado de la verdad, preparaba á los hombres para recibir las enseñanzas más profundas del Evangelio.

Mas, alterado por la versión de los Setenta, el Antiguo Testamento no daba, en los últimos siglos antes de Cristo, más que una vaga intuición de las verdades superiores.¹

«Las verdades eternas, que son los pensamientos de Dios—nos dice una individualidad eminente del espacio—han sido comunicadas al mundo en todos tiempos, presentadas en todos los medios, puestas al alcance de las inteligencias con una bondad paternal. Mas á menudo son desconocidas por el hombre. Desdeñando los principios enseñados, conducido por sus pasiones, ha pasado siempre cerca de las grandes cosas sin mirarlas. Esta indiferencia respecto de la belleza moral, esta causa de decadencia y de corrupción, conducirá á las naciones á su ruina, si la mano de la adversidad y las grandes conmociones de la historia, al sacudir intensamente los espíritus, no las endilgan hacia la verdad.»

Espíritu sublime, misionero divino, médium inspirado, Jesús viene, encarna entre los humildes, á fin de dar á todos el ejem-

¹ Véase al fin de esta obra la nota complementaria núm. 1.

plo de una vida sencilla á la vez que llena de grandeza, vida de abnegación y sacrificio, que debía dejar en la tierra huellas imborrables.

La grandiosa figura de Jesús sobrepuja á todas las concepciones del pensamiento. Hé aquí por qué no ha podido ser creada por la imaginación. En aquella alma, de una serenidad celeste, no se ve ninguna mancha, ninguna sombra. Todas las perfecciones se unen en ella con una armonía tan perfecta, que nos parecería el ideal realizado.

Su doctrina, toda luz y amor, se dirige especialmente á los humildes y á los pobres, á la débil mujer, á los hombres agobiados y abatidos, á las inteligencias abrumadas bajo el peso de la materia y que, en medio de la prueba y el sufrimiento, esperan la palabra de vida que debe consolarles y confortarles.

Y esta palabra, al dárseles con tan penetrante dulzura, expresa una fe tan comunicativa, que disipa todas sus dudas y les impele á seguir los pasos del Cristo.

Lo que Jesús llamaba predicar á los sencillos «el evangelio del reino de los cielos», era poner al alcance de todos el conocimiento de la inmortalidad y del Padre común, del Padre cuya voz se escucha cuando hay paz en el corazón y tranquilidad en la conciencia

Poco á poco esta doctrina, transmitida verbalmente en los primeros tiempos del cristianismo, se altera y se complica por la influencia de las corrientes contrarias que agitan á la sociedad cristiana.

Los apóstoles, elegidos por Jesús para continuar su misión, habían sabido comprenderle; habían recibido el impulso de su voluntad y de su fe. Pero sus conocimientos eran limitados, y sólo pudieron conservar piadosamente, por la memoria del corazón, las tradiciones, los pensamientos morales y el deseo de regeneración que había inculcado en ellos su Maestro.

En su peregrinación por el mundo, los apóstoles se limitaban, pues, á formar en cada ciudad grupos de cristianos á quienes

revelaban los principios esenciales; y sin detenerse mucho allí, iban á predicar «la buena nueva» á otros lugares.

Los Evangelios, escritos primero en medio de convulsiones que marcan la agonía del pueblo judío, y después bajo la influencia de las discusiones habidas en los primeros tiempos del cristianismo, se resienten de las pasiones, de los prejuicios de la época y de la turbación de los espíritus. Cada grupo de fieles, cada comunidad, tiene sus evangelios que difieren más ó menos de los otros.¹ Grandes controversias dogmáticas agitan el mundo cristiano y provocan trastornos sangrientos en el Imperio, hasta que Teodosio, al dar la supremacía al papado, impone la opinión del obispo de Roma á la cristiandad. Desde entonces el pensamiento, demasiado fecundo, creador de diversos sistemas, fué restringido.

A fin de poner término á estas divergencias, en el momento mismo en que algunos concilios discutían la naturaleza de Jesús, admitiendo los unos, rechazando los otros, su divinidad, el papa Dámaso confía á San Jerónimo, en 384, la tarea de redactar una traducción latina del Antiguo y del Nuevo Testamento. Tal traducción debería ser en lo sucesivo la sola considerada como ortodoxa, llegando á ser la regla de las doctrinas de la Iglesia; es la que se ha llamado *Vulgata*.

Este trabajo resolvía las grandes dificultades. San Jerónimo se encontraba, como él mismo lo ha dicho, al frente de tantos ejemplares, como copias. Esa variedad infinita de textos, lo obligaba á la selección y á recomposiciones capitales. Esto es lo que, temeroso de responsabilidades, expone en los prólogos de su obra, prólogos reunidos en un libro célebre. Hé aquí el que dirigió al papa Dámaso, y que se encuentra en su traducción latina de los Evangelios:

«Me obligáis á hacer de una obra antigua una nueva. sometéis á mi arbitraje los ejemplares de las Escrituras, que se hallan dispersos en todo el mundo, y, como difieren entre sí, que

¹ Véase la nota complementaria núm. 3.

«distinga los que estén de acuerdo con el verdadero texto griego. Esta es una piadosa empresa, pero también peligroso atrevimiento para quien, como yo, está en el caso de someterse al juicio de los demás, y no en el de juzgar por sí mismo á los otros, querer cambiar la lengua de un anciano, y volver á conducir á la infancia al mundo ya viejo.

«En efecto, ¿cuál será el sabio, y aun el ignorante, que al tener en la mano un ejemplar (nuevo), después de haberlo leído solamente una vez y viendo que está en desacuerdo con el libro que está acostumbrado á leer, no lance exclamaciones de protesta, pretendiendo que soy sacrilego y falsario porque he osado añadir, cambiar, corregir tal ó cual cosa de los antiguos libros?» (Me clamitans esse sacrilegum qui audeam aliquid in veteribus libris addere, mutare, corrigere.)¹

«Un doble motivo me consuela de tal acusación. El primero es que vos, que sois el soberano pontífice, me ordenáis que lo haga; el segundo, que la verdad no puede existir en cosas que difieren, aun cuando tuvieran por apoyo la aprobación de los perversos.»

San Jerónimo concluye de esta suerte: «En este corto prefacio me refiero solamente á los cuatro Evangelios, cuyo orden es el siguiente: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Después de haber comparado cierto número de ejemplares griegos, pero antiguos, que no se apartan mucho de la versión itálica, los hemos combinado de tal manera (ita calamo temperavimus,) que corrigiendo únicamente lo que nos parecía alterar el sentido, hemos conservado el resto tal como estaba. (Obras de San Jerónimo, edición de los *Benedictinos*, 1693, tomo I, col. 1425.)

Así, después de una primera versión del hebreo al griego, de copias que llevan los nombres de Marcos y Mateo, y en general, y teniendo á la vista numerosos textos de los que cada copia difiere de las otras (tot sunt enim exemplaria quot codices),

¹ En efecto, la obra de San Jerónimo fué objeto, aun en su tiempo, de las más acerbas críticas: polémicas injuriosas se cambiaron entre él y sus detractores.

se formó la Vulgata, traducción, como lo confiesa el autor, corregida, aumentada, modificada, tomándola de los antiguos manuscritos

Esta traducción oficial, que debía ser definitiva según el propósito de quien había ordenado su ejecución, fué, sin embargo, modificada en distintas épocas por orden de los pontífices romanos. Lo que había parecido bueno en el transcurso de los años de 386 á 1586; lo que había sido aprobado en 1546 por el concilio ecuménico de Trento, fué declarado insuficiente y erróneo por Sixto V en 1590. Por orden de este mismo pontífice fué hecha una nueva revisión, y la edición que de ella resultó, y que lleva su nombre, fué modificada también por Clemente VIII en otra edición, que es la que se usa en nuestros días, y conforme á la cual se han hecho las traducciones francesas de los libros canónicos, sometidos á tantas alteraciones en el transcurso de los siglos.

A pesar de estas vicisitudes, no vacilamos en admitir la autenticidad de los Evangelios en sus textos primitivos. La palabra del Cristo splende en ellos, atractiva y poderosa; toda duda se desvanece con la irradiación de su personalidad sublime. Bajo el sentido alterado ú oculto se ve asomar la elevación de la idea primera. La mano del gran sembrador se revela allí; y en la profundidad de sus enseñanzas, unida á la belleza moral y al amor, se percibe la obra de un enviado del cielo.

Mas, al lado de aquella mano poderosa, la débil mano del hombre ha introducido en aquellas páginas, al lado de los ideales elevados del alma, débiles concepciones, mal ajustadas á los primitivos pensamientos, provocando así la incredulidad.

Si los Evangelios son aceptables en muchos puntos, conviene someter su conjunto al análisis de la razón. Todas las palabras, todos los hechos que consignan en sus páginas, no pueden ser atribuidos al Cristo.

En el transcurso de tiempo que separa la muerte de Jesús de la redacción definitiva de los Evangelios, muchos pensamientos

sublimes han sido olvidados, no pocos hechos discutibles aceptados como ciertos, muchos preceptos mal interpretados, desnaturalizando de este modo la enseñanza primitiva. Por las necesidades de una causa mundana, las más hermosas, las más fuertes ramas de aquel árbol de vida han sido cercenadas. Se han ahogado antes de su desarrollo los principios fortificantes que hubieran conducido á los pueblos á la verdadera creencia, la que buscan todavía hoy.

El pensamiento del Cristo subsiste en la enseñanza de la Iglesia y en los textos sagrados, pero mezclado con elementos diversos, introducidos por los papas y los concilios, cuyo fin, por miras interesadas, era asegurar, fortificar y hacer inquebrantable la autoridad de la Iglesia. Este fué el fin perseguido en todos tiempos, el pensamiento que ha inspirado todas las alteraciones introducidas en los documentos primitivos. No obstante esto, lo que resta en la Iglesia de espíritu evangélico, verdaderamente cristiano, ha bastado para inspirar obras admirables, obras de caridad que forman la gloria de las Iglesias cristianas y que protestan de encontrarse asociadas á tantas empresas ambiciosas, inspiradas por el amor á la dominación y á los bienes materiales.

Gran labor sería necesaria para entresacar el verdadero pensamiento de Cristo de los voluminosos Evangelios; trabajo posible, aunque arduo, para los inspirados á quienes guía una intuición segura, pero labor imposible para quienes solamente por sus propias facultades son guiados en este laberinto, en que las ficciones se mezclan á las realidades, lo profano á lo sagrado, la verdad al error.

En todos tiempos, ciertos hombres, impulsados por fuerza superior, se han consagrado á esta tarea, procurando despojar al pensamiento supremo de las sombras acumuladas al derredor de él.

Sostenidos, iluminados por esa chispa divina, que brilla de un modo intermitente para los hombres, pero cuyo foco jamás

se extingue, han afrontado todas las persecuciones, todos los suplicios, por afirmar lo que ellos creyeron que era la verdad. Tales fueron los apóstoles de la Reforma. Han muerto de pena, pero desde el seno del espacio sostienen aún é inspiran á aquellos que luchan por esta grande causa. Gracias á sus esfuerzos, la noche de las almas comienza á disiparse; se anuncia ya la aurora de una revelación más poderosa.

Con ayuda de las luces encendidas por esta nueva revelación, á la vez científica y filosófica, difundida ya en todo el mundo con el nombre de Espiritismo ó espiritualismo moderno, procuraremos develar la doctrina de Jesús de las obscuridades en que la ha envuelto el trabajo de los siglos. De esta manera llegaremos á concluir que esta doctrina y la de los Espiritus son idénticas, que el espiritismo es simplemente la vuelta al cristianismo primitivo, con más precisas formas, con tal séquito de pruebas experimentales, que hará imposible todo monopolio ulterior, toda reaparición de las causas que han desnaturalizado el pensamiento del Cristo.

III

SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Cierta escuela atribuye al cristianismo en general, y á los Evangelios en particular, un sentido alegórico y oculto. Algunos pensadores y filósofos han llegado hasta negar la existencia de Jesús; veían en él, en sus palabras, en los hechos de su vida, una idea filosófica, una abstracción á la que se dió cuerpo para satisfacer la tradición que anunciaba un salvador, un Mesías al pueblo judío.

Según ellos, la historia de Jesús sería sólo un drama poético, representando el nacimiento, la muerte, la resurrección de la idea libertadora en el seno del esclavizado pueblo hebreo, ó